

temer esta creencia, por lo cual no se había vacilado por mas tiempo en presentar el proyecto.

Sobre los móviles que le habian hecho entrar en este camino de paz, con gran sorpresa de todo el mundo, se expresó el príncipe de Bismarck con tanta franqueza, que dejó casi muda de asombro á la prensa de los jesuitas.

En su discurso en la cámara del 12 de abril de 1886 declaró que en los decretos sobre Iglesias de Falk, llamados injustamente «leyes de mayo,» no habia intervenido como ministro de aquel ramo ni tampoco como presidente del consejo, que lo era entonces el conde Roon, sino solamente como miembro del ministerio de Estado; pero que como tal tomaba sobre sí toda la responsabilidad de dichas leyes. Estas habian sido leyes de guerra; pero ya, así como antes habia sostenido con completo convencimiento la necesidad que habia obligado á darlas, del mismo modo podia decir que no habian sido nunca consideradas por él sino como decretos de combate, es decir, como medios de luchar por la paz, que no podia ser alcanzada sin esta lucha; y que por las parcialidades jurídicas y por todos los arabescos de este edificio, concluido técnicamente, no se le podia tomar á él como perito. La necesidad de la lucha por la paz no la habia creado el Vaticano ni ningun acontecimiento religioso, sino la actitud guerrera adoptada por el centro contra Prusia en union de los hanoverianos y polacos; el papado solo habia intervenido por medio del centro parlamentario. Esta manifestacion está en completa consonancia con el hecho conocido por nosotros de que solo la hostilidad de los polacos contra los alemanes, sostenida por tanto tiempo bajo el amparo del departamento católico del ministerio de Cultos (1), le habia decidido á una abierta ruptura con la anterior política eclesiástica. De la lucha misma decia el 10 de marzo de 1873 en la cámara, que habia que juzgarla como cualquiera otra guerra, que tenia sus alianzas, sus tratados de paz, sus puntos de apoyo y sus armisticios; que habian existido papas pacíficos, pero tambien belicosos y conquistadores.

Pío IX habia sido uno de los últimos y Leon XIII era uno de los primeros, y por lo tanto habia entablado pronto con él las negociaciones de paz que conocemos. Al estudiar las leyes de Falk se habia esforzado en hallar el límite hasta el cual el rey de Prusia podia hacer á sus súbditos católicos concesiones gratuitas y voluntarias, sin perjudicar su propia autoridad ni la seguridad y los derechos del Estado, y habia visto que á las disposiciones que tenia que considerar «de menos valía» correspondía especialmente una gran parte de las referentes á educacion, colocacion y guia de los eclesiásticos, así como tambien á la jurisdiccion sobre ellos.

Precisamente allí estaba el punto donde se separaban las opiniones sobre la esencia de toda la lucha. El que la consideraba como un «combate de culto» y confiaba á la ley del Estado el poder de educar forzosamente por medio de la sabiduría alemana el espíritu del clero católico, debia juzgar

(1) En el discurso del 28 de enero de 1886 (Hahn, tomo V, pág. 409) dijo el príncipe de Bismarck: «El que me ha hecho entrar en el Kulturkampf (lucha de cultos) ha sido el señor Kratzig, presidente del departamento católico, que estaba destinado en la burocracia prusiana á conservar los derechos del rey y de la Iglesia, pero que al fin ha desarrollado su actividad en el sentido de tomar bajo su amparo los derechos de la Iglesia romana, lo mismo que los esfuerzos hechos por los polacos contra el rey y su autoridad.» Sobre la inteligencia que reinaba aun en el año de 1871 entre Berlin y Roma, y que era de tal índole que el cardenal Antonelli dijo aun el 21 de abril del mismo año, en contra del conde Tauffkirchen, «que desaprobaba y lamentaba la actitud de la llamada fracción católica del centro por su falta de tacto y por ser prematura,» véanse las revelaciones oficiales que se hicieron, en marzo de 1887, en la obra de Hahn-Wippermann: *El príncipe de Bismarck*, tomo V, pág. 246.

necesario el «examen de culto» de los sacerdotes con todo lo concerniente á él y tenerlo por baluarte inexpugnable del derecho de la iglesia alemana. Pero de muy distinto modo era juzgada la lucha por aquel que no veía desde un principio mas que una «lucha de fuerza,» como era en realidad. El 10 de marzo de 1873 habia declarado el príncipe de Bismarck en la cámara de los señores que no se trataba de fieles ni de infieles, de católicos ni de protestantes, sino de la antiquísima lucha por el poder entre el trono del emperador y el papado, y que á la sazón acababa de demostrarse que en esta manifestacion estaba ya indicado el camino de paz que iba á seguirse. La cuestion: «¿lucha de culto ó lucha de poder?» estaba decidida para el hombre de Estado práctico por la actitud observada durante la lucha por la Iglesia por el clero parroquial católico que queria ampararla. Habia sido tal esta actitud que el príncipe de Bismarck podia decir sin exageracion: el sacerdote católico, desde el momento en que lo es, viene á ser oficial de los regimientos del Papa; seria aplastado y estrujado contra la pared si siendo sacerdote quisiera luchar contra el Papa y contra sus superiores. Todo el mundo sabe que el sacerdote se hace y nadie está obligado á serlo. Si se considera á la Iglesia como adversario, se la refuerza al darle un sacerdote mas ilustrado y mejor educado del que ella podria presentar (2). Desde el momento en que es sacerdote se pierde sobre él la influencia, y los esfuerzos hechos para recuperarla le hacian á Bismarck el efecto de lo que llaman los ingleses *wild geese chase*, es decir, una cacería á caballo tras gansos silvestres, que no puede concluir nunca. Bismarck no podia aparecer en este asunto ni como representante de una religion ni como hombre de partido, sino solo como hombre de Estado, libre de toda idea de combate, que tenia que tratar una cuestion puramente política, y que por lo tanto no habia vacilado en poner primeramente su proyecto en conocimiento de Su Santidad el Papa y oír su juicio sobre él, pero sin la promesa de variar de opinion despues. Habia elegido este camino porque le parecia que hallaria en el papa Leon XIII mas benevolencia para el afianzamiento del imperio alemán y del bienestar del Estado prusiano de la que hallaba en la mayoría del parlamento. Consideraba al Papa mas amigo del germanismo que al centro, pues era un personaje sabio, moderado y pacífico, y no era hanoveriano ni polaco, ni libre-pensador, ni tenia apoyo en la democracia social, y de todas las influencias que falseaban la situacion en el parlamento no se hallaba ninguna en Roma. El Papa era puramente católico y nada mas que católico; por el hecho de serlo nacia un número de dificultades, pero éstas no se aumentaban por la necesidad del apoyo y de recibir y dar favores de otros partidos. El Papa era libre y personificaba la Iglesia libre católica, y en cambio el centro la simbolizaba en servicio obligado del parlamento y de las elecciones. Por eso se habia entendido directamente con el Papa y lo seguiria haciendo en lo sucesivo. Finalmente, no ocultó Bismarck que la buena acogida que habia encontrado en Roma era consecuencia del gran deseo de paz de S. M. el emperador para favorecer á sus

(2) En un discurso posterior del 23 de marzo de 1887, dijo que segun la experiencia habia demostrado la instruccion universitaria no ofrecia garantía ninguna de las ideas de paz del clero católico. «Nuestros mas encarnizados y acris adversarios son los estudiantes de la universidad y no los de los seminarios. No quiero nombrar las universidades: el examen material me ha bastado para tener la prueba de que el obligar al estudio universitario, con exclusion de los seminarios, no es remedio contra los males que queremos combatir. Prefiero un seminario bajo la direccion de un obispo apacible y bondadoso al estudio en las universidades, donde nadie es responsable de la enseñanza ni del influjo que pueda ejercerse sobre los estudiantes no vigilados.»

súbditos católicos, deseo que podia expresarse desde el momento en que Roma habia hablado en el mismo sentido.

Con algunas reformas propuestas por el obispo Kopp fué aprobado el proyecto el 13 de abril por la cámara, y el 25 del mismo mes publicó la Santa Sede la convocatoria para cubrir las vacantes de curas párrocos que á la sazón existian.

El 4 de mayo pasó el proyecto á la cámara de diputados y allí fué vivamente combatido, en nombre de los nacionales liberales, por los diputados Gneist, de Cuny, Seyffardt y de Eynern; pero aprobado sin variaciones el 10 del mismo mes, el rey lo sancionó el 21. A la ley de paz y á su promulgacion siguieron inmediatamente los hechos.

En lugar del conde Ledochowski, que habia sido destituido de su cargo de arzobispo en el año 1874, y hecho cardenal en 1875 por el Papa, fué nombrado arzobispo de Posen y Gnesen el canónigo honorario Propst-Bender, de Koenigsberg, por breve del Papa en 3 de marzo de 1886; y despues de haber sido reconocido el 26 del mismo mes por el gobierno, tomó el 8 de junio solemne posesion de su cargo.

El doctor Andrés Thiel, nombrado en 12 de febrero de 1886 por breve del Papa obispo de Ermland, fué tambien reconocido en 2 de marzo por el gobierno.

Por breve pontificio de 15 de octubre de 1886 fué nombrado el doctor Carlos Klein, dean de la catedral, obispo de Limburgo, en sustitucion del obispo Roos, nombrado arzobispo de Friburgo, y reconocido el 27 del mismo mes por parte del emperador. El 29 de noviembre, y por el mismo procedimiento, fué reconocido el dean de Pelplin, doctor Leon Redner, como obispo de Kulm.

A la paz de las conciencias de sus súbditos católicos creyó el emperador Guillermo deber consagrar el armamento de tropas á que le habia obligado la contienda con la nueva política eclesiástica romana, y que le habia servido hasta entonces para proteger la paz de sus fronteras manteniendo la paz universal. De este pensamiento nació su resolucion de presentar un proyecto sobre aumento del ejército del imperio, en la firme creencia de que ya que no en el parlamento, hallaria en el pueblo alemán el apoyo necesario.

El anciano monarca, que contaba casi noventa años de edad, penetrado de sus deberes, comprendia la necesidad de arreglar su casa y hallar solucion á cada uno de los problemas que habian agitado sus muchos cambios de gobierno, para impedir, si era posible, toda vuelta ó por lo menos todo empeoramiento de la lucha.

Sus relaciones personales con la nacion, despues de haberse visto libre por segunda vez de una tentativa de asesinato, habian tomado un sello de entrañable cordialidad que se daba á conocer mas y mas en toda ocasion y de año en año. Cada cumpleaños del emperador era una conmovedora fiesta nacional, en cuya celebracion mantenian la paz los partidos, recordando solo lo que les unia y olvidando lo que les separaba. Esta fiesta era celebrada en cada ciudad y en cada pueblo del imperio, y tambien en el extranjero, allende los mares, así como en todas partes donde habia alemanes amantes de su patria.

En todos estos voluntarios homenajes se revelaban una fuerza y una profundidad de ideas monárquicas en todas las capas sociales, y un convencimiento cada vez mayor de la union que debia reinar entre la casa soberana de los Hohenzollern y los sentimientos sagrados de la nacion, que podia considerarlos este monarca, cuando volviese la vista á los primeros años de lucha de su reinado, como la coronacion de sus nobles esfuerzos.

A un fiel colaborador de estos esfuerzos para hacer al espíritu monárquico de Prusia propiedad comun del pueblo alemán, veneraba Guillermo en la persona del anciano his-

toriador Leopoldo de Ranke, al cual envió el 21 de diciembre de 1885 y cuando cumplia noventa años, su retrato con un escrito rebotando benevolencia y añadiendo palabras respetuosas sobre los frutos dignos de admiracion que habia obtenido con sus producciones. «Lo que me conmueve principalmente, decia, es el recuerdo de la valerosa fidelidad y erudicion con que ha hecho usted á la historia de mi monarquía objeto de sus mas extensas investigaciones. A su claridad de percepcion, á su juicio severo, pero recto, debo el que haya sido puesta para la generacion presente y la posteridad á la luz que le corresponde.» A la cabeza del mayor de los Estados centrales del reino contaba con un caballeresco hermano de armas, de la época de la guerra santa, en el príncipe Luitpoldo de Baviera, que despues de la trágica muerte del rey Luis II fué nombrado regente definitivo del reino en lugar del rey Oton, enfermo de enajenacion mental, en 13 de junio de 1886, cuya regencia habia tenido que admitir ya interinamente en 10 del mismo mes (1). Este príncipe Luitpoldo llegó el 7 de diciembre á Berlin, é inmediatamente despues de haber sido recibido por el emperador, convocó á los diputados bávaros del parlamento alemán para encomendarles encarecidamente que aceptasen el proyecto de ley militar cuya primera lectura habia tenido efecto recientemente, pues estaba hecho para bien de Alemania y de Baviera, á la cual amaba sobre todas las cosas. Con esto hemos entrado en la última lucha del emperador Guillermo á favor del ejército.

La situacion universal no era ya tan favorable como la hemos conocido en el año de 1875. En Francia hacia ya tiempo que no estaba en el poder el ministerio Ferry, con quien habia estado en tan excelentes relaciones el príncipe de Bismarck. La desgracia de las armas francesas en la guerra de China, originada por la traslacion de su ejército al Tonkin, le habia hecho caer el 30 de marzo de 1885. Al ministerio Brisson, del 6 de abril, habia sucedido el 7 de enero de 1886 un tercer ministerio Freycinet, y en éste aparecia como ministro de la Guerra el general Boulanger, durante cuya administracion la liga de patriotas del poeta Deroulede habia puesto en práctica la persecucion contra los alemanes, como si se estuviera en realidad en vísperas de una guerra del Rhin y de venganza. Boulanger presentó el proyecto de una nueva ley militar, proponiendo que cada francés sirviese tres años bajo las banderas; y cuando el 3 de diciembre se retiró Freycinet, quedó Boulanger en el nuevo ministerio Goblet, bajo la condicion de que seria aceptado su proyecto de ley sobre el ejército y de que su crédito de 300 millones fuese defendido por el gobierno. En este ministerio y en la ruidosa demagogia que bajo su amparo, alimentada por sus fondos secretos, dominaba en la prensa y en las calles, existia un peligro para la paz que era tanto mas amenazador cuanto mas débil, segun demostraba la experiencia, se mostrase cada gobierno en Francia, temiendo chocar con el fanatismo de las masas. Precisamente en la época de este cambio de ministerio en el cual Boulanger fué el único que conservó su puesto, tuvo efecto en el parlamento alemán la primera lectura de la «ley sobre el ejército activo en tiempo de paz,» que habia sido presentada el 25 de noviembre de 1886 y cuyo primer artículo decia: «En cumplimiento de los artículos 57, 59 y 60 de la Constitucion del Imperio, se fija la fuerza activa del ejército en tiempo de paz, desde 1.º de abril de 1887 hasta 31 de diciembre de 1894, en 468,409 hombres. Los voluntarios que sirven el año de reglamento no están comprendidos en este número.»

(1) Véase el *Calendario histórico* de Schulthess, de 1886, página 123.

A este proyecto, compuesto de cuatro párrafos, habíase añadido una explicación que en el corto espacio de cinco columnas demostraba, por medio de cifras, que el propuesto aumento del ejército activo era indispensable para no dejar la delantera á los preparativos sin ejemplo que hacían las demás potencias vecinas, y que finalmente acarrearían una desproporción imposible de compensar de la fuerza armada de Alemania frente á la de ataque de sus posibles enemigos. El ejército, fiel á su misión, era la escuela de instrucción del pueblo alemán para la guerra, y su aptitud guerrera ofrecía la defensa principal para la seguridad y fuerza del Estado. Sería, sin embargo, una grave decepción la que sufriría Alemania si en el convencimiento de tener un ejército fuerte y dispuesto para la guerra quisiese arrostrar los peligros que la cercarían por todas partes, y que crecerían el día en que no



Bronsart de Schellendorff, ministro de la Guerra  
(según fotografía)

estuviese en situación de imponer como hasta entonces la paz universal, mucho más si tenía que sostener un combate desigual por su propia libertad apenas conquistada. Ciertamente era que el ejército activo alemán no había quedado sin refuerzo. De 378,069 hombres que poseía en 1871, había aumentado el número en 1874 hasta 401,059, y desde 1881 á 427,274; pero con esto no había hecho más que nivelarse con el aumento de población, que había sido de uno por ciento. Francia, por el contrario, después de 1870 y 1871, á pesar de tener menor número de habitantes, había constituido un ejército activo mayor que Alemania, aumentándole desde 358,840 hombres de que se componía hasta 444,497 en 1880, y á 471,080 en 1886, cifra que según el nuevo proyecto del general Boulanger había de tener todavía un aumento de 44,000 hombres.

Rusia, desde su última guerra contra Turquía, había renovado completamente su ejército, y por esta circunstancia y además la sistemática construcción de ferro-carriles, había facilitado sus marchas. Su fuerza activa de ejército ascendía á la cifra de 547,456 hombres con exclusión de los oficiales. En un ataque simultáneo por parte de estas dos potencias tenían de su parte la ventaja del número; por lo tanto Alemania solo podía esperar la victoria de la capacidad guerrera de su ejército, y ese era el motivo por el cual no se había buscado una compensación de la nueva carga impuesta por medio de la disminución del tiempo de servicio. El tiempo de servicio, decía la constitución, es de dos años y cuatro meses y medio, de modo que era menor que el fijado por la ley en las potencias vecinas; una disminución de este tiempo

era, por lo tanto, aun más imposible por la rapidez con que seguía la primera batalla á la declaración de guerra, que no daba tiempo á reparar la deficiencia de la instrucción.

Por último, de la comparación de los gastos hechos por Alemania y Francia para su ejército de mar y tierra, resultaba que en Alemania la población no pagaba por cabeza ni la mitad de la suma que se había concedido en Francia, no solo sin queja, sino con entusiasmo por parte de los representantes del país.

El desembolso de Alemania para el ejército y la marina fué consignado:

Por cabeza			
En 1870 en	272.478,397 marcos	1870 -	7,06 marcos
1880	403.425,826 »	1880 -	8,92 »
1886	446.288,673 »	1886 -	9,53 »

En Francia, por el contrario, fueron gastados:

Por cabeza			
En 1870 en	397.856,000 marcos	1870 -	10,33 marcos
1880	766.096,000 »	1880 -	20,42 »
1886	826.616,000 »	1886 -	21,57 »

La primera lectura del proyecto tuvo efecto en los días 3 y 4 de diciembre de 1886. Fué hecha por el ministro de la Guerra Bronsart de Schellendorff y apoyó el proyecto, explicando su significación en un corto discurso, el diputado y general conde de Moltke, de ochenta y seis años de edad. Reproducimos el final de este discurso, porque además de caracterizar al orador merece por su objeto ser conocido:

«Señores: Creo que estamos convencidos de que por una larga serie de años necesitamos una administración del ejército previsora, honrada y económica. También el proyecto de que se trata está destinado principalmente á fines económicos. Se ha desistido en la paz de tener toda nuestra artillería dispuesta, como la tienen nuestros vecinos. El aumento se hará principalmente en la infantería, por ser el arma menos costosa. La mitad de los batallones que se crean se agregarán á los ya existentes, para economizar la plana mayor de los regimientos; en una palabra, no se trata exclusivamente del militarismo, sino de la hacienda. Además, el objeto de esta petición que hacemos al país es seguir sosteniendo, si es posible, la paz europea, como la hemos sostenido trabajosamente hasta aquí. Opino que si rechazásemos este proyecto contraeríamos una responsabilidad muy grave, acaso la de atraer sobre el país una invasión enemiga; responsabilidad que aunque recayera sobre cien hombros, pesaría mucho necesariamente á cada uno. A costa de grandes sacrificios hemos alcanzado lo que han deseado desde hace muchos años todos los alemanes: tenemos el imperio, tenemos la unidad de Alemania; tengamos también la unanimidad de los alemanes en una cuestión tan importante como esta. Todo el mundo sabe que no pretendemos conquistas; pero es preciso que todo el mundo sepa también que queremos conservar lo que poseemos y que estamos para ello decididos y armados.»

El diputado conde de Moltke era uno de los pocos miembros del parlamento que poseían el don de cautivar su atención, por más que no se presentase nunca en nombre de un partido ni de comisión alguna. Cuando el presidente pronunciaba su nombre, reinaba instantáneamente el silencio en aquella colmena de conversaciones privadas, y cuando se levantaba de su puesto, situado en la parte más delantera de la derecha, para subir con moderado paso los escalones de la

tribuna — hablaba siempre desde allí por consideración según decía y además para que le oyeran bien, — levantábase también la mayor parte para apiñarse al pie de la tribuna como una comunidad alrededor del púlpito; y aquel parlamento, que era el más desconsiderado de todos con sus oradores, escuchaba con religioso silencio al anciano general para no perder ni una sola palabra ni una sílaba de los labios del gran taciturno. Con una de aquellas voces claras, de timbre agradable pero débil, que en salones grandes solo pueden ser compren-

didadas escuchando muy atentamente, pronunciaba Moltke sus discursos, en los cuales se conocía desde el primer párrafo que habían sido maduramente pensados y preparados cuidadosamente; mas no como lo hacen los retóricos con rebuscadas palabras para adornarlos, sino por el contrario, tratando de decir todo lo posible con las menos palabras que pudiera, y escogiendo de la multitud de medios de expresión de que dispone una imaginación bien organizada la palabra más sencilla para cada concepto, el giro más corto



Luis II, rey de Baviera

para cada pensamiento. El conde de Moltke reunía dotes que no ha reunido ningún hombre ni aun entre los italianos del Renacimiento. Tenía la fuerza plástica del poeta, la fuerza de análisis del filósofo investigador, unidas á la fuerza activa del caudillo que había hecho del movimiento de las grandes masas del ejército una verdadera ciencia, descubriendo el arte de ser invencible. Así como eran incomparables estas tres dotes, era inmutable su modo de hablar. No existía diferencia entre su modo de escribir y de expresarse. En sus cartas, obras de historia, memorias, etc., escribe sus párrafos lo mismo que los ha expresado y concebido en su pensamiento. Hágase la prueba y léase en alta voz lo que ha escrito y hablado Moltke, y se hallará el mismo sonido, el mismo ritmo en uno que en otro, y nunca un párrafo suyo hablado será distinto de otro que haya escrito. También esta consonancia pertenece á aquellos caracteres cuya sensibilidad es más fina que el oro y en cuyos pensamientos y palabras se refleja un alma grande y sencilla, como el cielo azul en el arroyo cristalino.

Desde el primer parlamento de la confederación alemana del Norte, la cámara de diputados le contaba en el número

de sus individuos, nombrado por el círculo electoral de Memel-Heydekrug, y desde marzo de 1887 hasta su muerte (1) le vemos afanándose sin descanso, personificando las hermosas palabras escritas por él en el álbum del Museo Germánico: «En todo tiempo fiel y pronto á sostener la gloria del Imperio.» Del imperio hablaba también aun antes de que existiese, cuando hablaba del ejército, por el cual fué levantado, y como abogado del imperio y del ejército vive en las crónicas de los parlamentos alemanes. En su primer discurso del 3 de abril de 1867 habló, según se recordará, contra el servicio obligatorio de dos años, ó mejor dicho contra la precipitación con que se adoptaban disposiciones militares que luego se modificaban y que debían ser efecto, no de la imposición, sino del convencimiento. En su segundo discurso defendía una proposición fijando permanentemente los gastos para la fuerza activa en tiempo de paz, compuesta del uno por ciento de la población, y terminó con estas notables palabras: «Concedan los señores diputados á la administración militar el derecho de proceder libremente y por cri-

(1) 25 de abril de 1891.